

CRITICAS TEMPRANAS A LIBROS DE JUAN RAMON JIMENEZ EN MURCIA (1917)

EN pocos meses, desde los últimos de 1916 a junio de 1917, Juan Ramón Jiménez tuvo ocasión de ver publicados cuatro nuevos libros —*Estío*, la edición completa de *Platero y yo*, los *Sonetos espirituales* y el *Diario de un poeta recién casado*— producción que se vería incrementada antes de finalizar el año con la edición de *Poesías escogidas* que imprimió en Madrid la Hispanic Society de Nueva York y cuyas pruebas corrégia y cuidaba Juan Ramón en julio de aquel año.

La rápida sucesión de nuevos libros ya sería destacable por sí sola, lo que pone de manifiesto que el poeta se encuentra en su momento cumbre en lo que a encuentro de su propia personalidad como creador se refiere. Pero es que, además, estas obras que ahora publica corresponden a un momento crucial en su poesía, ya que *Sonetos espirituales*, que está constituido por poemas de 1914-1915 y *Estío* por composiciones de 1915, suponen el final de una etapa, mientras que *Diario de un poeta recién casado* significa, como tantas veces se ha señalado, el comienzo en plenitud de un nuevo período en su poesía: "El fin de la primera época son los *Sonetos espirituales*. Mi renovación empieza cuando el viaje a América y se manifiesta en el *Diario*. El mar me hace revivir", señala Juan Ramón en sus *Conversaciones* con Ricardo Gullón (púb. 1958).

Considerar ahora fundamentales estas obras es, por generalmente admitido, obligado y fácil, pero lo destacable —y curioso posiblemente— es en-



contrar en una provinciana revista de medicina, en el mismo año de la publicación de estos libros, nada menos que cuatro acertadas críticas tempranas de otros tantos autores locales. Señalado así puede resultar este hecho algo sorprendente, impresión que se modera al observar que la revista es *Polytechnicum*, amplísima y humanística empresa llevada a cabo por el Dr. Pérez Mateos en la Murcia de las décadas primeras de nuestro siglo. Y los autores, personas tan significativas como José Ballester, Andrés Sobejano y Juan Guerrero, acompañados en esta ocasión del joven y muy poco después desaparecido poeta modernista murciano Isidoro Solís. Sobre los tres primeros puede verse lo que de ellos se estudia en mi libro *Revistas murcianas relacionadas con la generación del 27* (2.^a edic. 1979), y sobre el último *Modernismo y escritores murcianos* de Juan Barceló Jiménez en *Murgetana* 57, 1980.

En mi libro verá reflejado el lector el espíritu de este grupo de avanzados y, sobre todo, la vinculación de Juan Guerrero al inolvidable poeta de Moguer, cuya amistad queda magníficamente expresada en el libro *Juan Ramón de viva voz*, en el que Guerrero recoge, a manera de diario, sus numerosísimas entrevistas y relación cotidiana con el autor de *Platero y yo*. Las críticas a que nos referimos en este artículo fueron objeto de una de estas conversaciones, de manera que, gracias al libro de Guerrero, podemos conocer la opinión que le merecieron a Juan Ramón: "Hablamos del suplemento literario de la revista murciana *Politechnicum*, donde le hemos rendido un homenaje publicando su retrato y cuatro artículos, uno sobre cada uno de sus libros: *Sonetos espirituales*, por Andrés Sobejano; *Diario de un Poeta Recién Casado* por Isidoro Solís; *Estío*, por José Ballester y *Platero y yo*, por Juan Guerrero.

Se muestra muy satisfecho de nuestros trabajos, elogiando especialmente la segunda mitad del artículo de Ballester; con la primera no se muestra conforme porque él nunca ha sido versallesco, etc. Prefiere estos artículos sinceros a la crítica oficial, recomendando se deben decir las cosas de la manera más directa posible, que la forma sea la expresión pura de lo sentido. Ofrece escribir una carta para cada uno de los autores de estos artículos, agradeciéndoles su atención".

Incluimos a continuación el texto de estas críticas por considerarlas representativas no sólo del excelente gusto de sus autores, sino del selecto espíritu estético de todo el grupo, que Juan Guerrero Ruiz habría de consolidar muy pocos años más tarde en las que he llamado revistas murcianas relacionadas con la generación del 27.



"ESTÍO" por José Ballester.

Este poeta tenía en el corazón un paisaje, celado a veces por la neblina o por la lluvia, yerto a veces por el frío, áureo a veces por el sol de la mañana... El paisaje interior y el de afuera se comunicaban en las pupilas del poeta, y se transfundían de tan peregrina suerte, que no era posible discernirlos, como que en el uno se había manifestado un ritmo de pulsación y un calor de sentimiento, y en el otro se ostendía una maravillosa gama de matices y una profunda perspectiva, y de todo ello participaban entrambos. Soltó luego el poeta un surtidor de palabras fluidas, ingravidas, melodiosas, y otro nuevo prodigio fue: que cuando oscilaron en el ambiente, tampoco se supo si llevaban en sí mismas un poco de sustancia de paisaje y un poco de esencia de corazón o si eran la síntesis indivisible del Verbo, el Hombre y la Naturaleza.

Este poeta vagaba por los campos vestido de negro, caballero en un borriquillo de algodón. Los chicuelos gitanos, en viéndole pasar, gritaban: ¡el loco...! Pero no por eso se turbó la diafanidad del cielo, naturalmente, en un paisaje ni en el otro; y la voz de los chicuelos roñosos y harapientos acababa por extinguirse. Ellos le llamaban el loco porque no comprendían aquello de un poeta enlutado sobre un borrico de juguete. Si hubieran sido grandes y letrados, le habrían llamado tonto con menosprecio; pero tampoco este otro apóstrofe hubiera menoscabado la tersura del azul... Acaso el poeta, en reverencia al prestigio de tales varones, volviera la cabeza para responderles con nazarena mansedumbre:

*Yo no llevo senderos extraños
es que marcho delante de vos.*

Por aquellos cuadros de luz envolvente o de cariñosa penumbra, flotaba un hábito de elegancia versallesca, hasta cuando las cosas rústicas, —una carreta, el molino, la flauta y el tambor— adquirían relieve de figuras principales. Quedamente sonaba Pan invisible su siringa, y por entre las ramas se escondía la carne pecadora, hecha de poma, rosa y lirio. Una gran serenidad lo tornaba después todo tranquilo y casto, y sobre cada momento y cada término, siempre, el tul egregio de la melancolía...

La lira se sublimó y depuró posteriormente haciendo pensar en una evolución pausada hacia la quietud de las almas escogidas; pero, de súbito, una crisis surge, transfigurando al poeta, y éste elude aquel elemento de objetividad con el que había llegado a identificarse, y se aísla de lo externo.



Bajo su carne pálida, hinche las venas un estímulo de fuerza. La voluntad imperiosa, avisada, escudriña por dónde encaminarse.

Desde el lugar donde se halla situado el poeta, las cosas no son ya lo que han sido, y el espíritu, en contacto con ellas, de efusivo que era, se torna elástico. La idea y la abstracción reinan sobre la sensibilidad o, por lo menos, ésta cede una parte de su anterior superioridad a aquéllas.

Una ráfaga de vacilación y de incertidumbre, cruza, ráuda, y desaparece; y el corazón late de nuevo en equilibrio. La esperanza lo inunda de sosiego; la voluntad aniquila cualquier instante ruin.

Los poemas de Estío, el libro de una crisis, son breves, escritos casi todos en versos cortos, de una admirable flexibilidad y elegancia; se diría a veces que en su fondo vibra un eco de las melodías de antaño, que exhalan una onda del aroma juvenil de los otros libros; pero la nota predominante de clarividencia de lo pasado, de fe en lo porvenir, se destaca, seria, firme, aguda.

Y en las estroñas, la sobria y nítida vestidura de palabras, suele ocultar el sentido con un sugestivo conceptismo que se presta a diversas interpretaciones, lo que abre nuevos caminos de meditación al lector para no abandonar el libro fácilmente.

Parece que Juan Ramón el triste, quedó dormido para siempre en un doiente jardín de aquellos donde gemía sus amores quiméricos y extraños; nosotros, que no sabemos abrir los ojos al sol de verdad que ahora ilumina sus días, sentimos miedo de aquéllo y de ésto...

“SONETOS ESPIRITUALES”, por Andrés Sobejano.

El alma delicada y maravillosamente hiperestética del vate, de este verdadero ungido, pasa aquí como un hilo luminoso a través del solo prisma cristalino del soneto, abriéndose en múltiples irisaciones floridas y haciendo ahora realmente —más que nadie y que nunca— por la suprema taumaturgia del arte puro, de esta forma métrica, rígida y rotunda en su canon real, sin mixtificaciones extrañas a la tradición magistral y al precepto, un alado poema lírico, una mariposa que volando sujeta un mundo de ideas y de sentimientos.

Dejó de ser aquí, sin perder sus medidas, el soneto, el lecho angosto y férreo de Procrusto, para convertirse en cuna mullida, en blanda cera moldeada



ble y aun viva y rosada carne femenina. El fluir de pensamientos, el divino caudal de bellezas que el poeta expresa o sugiere, no están como dosificados severa y científicamente en los catorce surcos de los versos, sino llenando de suaves turgencias la armónica flexibilidad de las estrofas homogéneas. Cada composición —numeradas todas, algunas sin título, todas compendiando un alto momento o estado poético, como en Petrarca, Heine, Musset— es una crepuscular alegoría fascinadora, gentilmente sostenida.

¡Qué encanto en aquella "Guardia de amor", en "Retorno fugaz"! ¡Qué adentro nos suena con él "La voz nueva", surtidor ingenuo de místico lirismo! ¡Qué novedad de sensaciones en todas y singularmente en "Panal" y en la llamada "Al mar anochecido"! Y qué dulce y rancio sabor clásico hay en aquellos cálices "Vigilia", "Octubre", "El corazón roto"...! Todo es efusión que realza y subraya la salutación primera del autor: "Al soneto con mi alma".

El amor sereno y recóndito pulsa todas las cuerdas de este corazón lira, el amor contorneado en su sensual atractivo por un cendal de niebla y de rocío, ese amor en cuyos arcanos y matices nos inició como ninguno este poeta dulce y tristemente erótico cuyas obras de renovada lectura perdurarán frescas e inmortales y a quien se puede rezar el dístico de Ovidio al elegante elegiógrafo romano:

*Donec erunt ignes, arcusque, Cupidinis arma
legentur numeri tui...*

"DIARIO DE UN POETA RECIEN CASADO", por Isidoro Solís.

Juan Ramón Jiménez, el inefable poeta cuyos versos amamos dilectamente, ha comenzado la edición definitiva de sus libros; aún en sazón de primavera ha querido lanzar entre la eclosión del florecimiento el ¡evohé! de la recolección. No será ésta tan íntegra como desearía nuestra admiración por su labor total; en la lista de obras la falta de algunos títulos causa la melancolía de los dioses sin retorno; severidad, frecuente en autocrítica literaria que está compensada con la copiosa promesa de las futuras.

La poesía íntima y fragante de Juan Ramón vierte en las palabras más depuradas y bellas los sentimientos más quintaesenciados y sutiles; llega al corazón por el camino de la confidencia, entre las suavidades de la caricia y con las alas del suspiro; nadie como él ha traducido en ritmos de ensueño



fugacidades y sutilezas que, antes de su verso, parecían confinadas en la inefabilidad de lo inexpresable.

Por ansia consciente de renovación o por espontaneidad del instinto poético que tiende al avatar, la obra de este poeta, tras la evolución de la ingenuidad primitiva a la actual complejidad, promete ampliarse y enriquecerse, sin claudicaciones de la unidad, como los matices de un color o las facetas de un diamante.

Este Diario de un poeta recién casado, es tal vez hito lírico en el rumbo del nuevo sendero. Está escrito en prosa y verso; una prosa que es poesía en el fondo y un verso que podrá parecer prosa en la forma a los ojos acostumbrados al pautado oficinesco de la métrica ineludible e inalterable; y tal vez tachen estos versos de prosaísmo exterior, sin comprender que la poesía es esencia de tan exquisita y turbadora fragancia que relega al olvido más secundario el vaso que por milagro de Apolo acierta a contenerla.

La sensibilidad del poeta agudizada en este libro, halla a cada momento el pensamiento profundo, la descripción nueva, la sensación artísticamente transmitida, la imagen plástica y original.

Predominan en la pintura de la América del Este los violentos ácidos del aguafuerte. El poeta habituado a los cielos verdiazules en que eleva el prenilunio su eucaristía dorada y triste, a los jardines abandonados por los que pasea el otoño sus melancolías de príncipe enfermo, a los valles vesperales sobre cuya penumbra violeta tienen los luceros brillo y temblor de lágrimas, reacciona en humorismo la rudeza del contraste con las ciudades enfebrecidas de industrialismo, trepidantes como un canto de Marinetti y en las que la sórdida grandiosidad de los rascacielos tiene la pesadez de las elevaciones sin alas.

La sombra del amor pasa contadas veces por estas páginas pero suscitando sentimientos tan apasionados y dulces que las dejan todas como esteladas de misterioso perfume.

En todo el libro subsisten las peculiares excelencias del arte de Juan Ramón; la delicadeza para expresar y la divina hiperestasia de la perceptibilidad para sentir, como si toda su carne fuese carne de corazón; esa íntima fusión de Poeta y Naturaleza que ennobleció la literatura peninsular con los hondos panteísmos de Anthero de Quenthal y que hace, con voz distinta, preguntarse a Juan Ramón, en la desolación de un véspero, si él mismo es también un matiz del crepúsculo; y vuelve a dar su fragancia la flor de ironía que aromó tantas estancias de "Platero y yo"; suave y aquietada en remansos de benevo-



lencia, en muchos pasajes, adquiere en otros, como Author's Club y Coro de canónigos acres genialidades de sarcasmo, y es siempre la vibración de una nueva cuerda en la lira que nos ha regalado con tan inolvidables sonatas.

La poesía de Juan Ramón se enriquece con nuevos tesoros de emoción; sin perder su primordial condición cordial se cerebraliza en trascendentes aspectos; el poeta que sabe despertar nuestros entusiasmos adolescentes consigue en cada nuevo libro el renovado tributo de nuestra admiración.

"PLATERO Y YO", por Juan Guerrero.

Por el cielo de Mayo inflamado de olores donde cada tarde es como una página de un libro suyo, Juan Ramón Jiménez vuelve dulcemente a nosotros. Viene acompañándole Platero, su burrito de plata, aquel amigo ideal de nuestras almas que reposa bajo la tierra de Moguer.

Desde una lejanía infinitamente distante, delgada línea de belleza, sobre cuya aurora total se interponen las sombras de nuestra limitación, viene este poeta sin par a ofrecernos los dorados frutos de su árbol eterno de poesía. Ya en nuestra vida, por el resplandeciente don gozaremos momentos en que los ojos se abrirán más puros, y extático contemplará el espíritu nuevos cielos constelados de rosas de poesía; a nuestro anhelo de divinas huellas, el color, el aroma, el movimiento y la gracia de todo lo creado brindaran matices delicadísimos, sugeridos por el penetrante influjo de su obra inmarcesible.

Entre los volúmenes recién publicados por la Biblioteca Calleja de las obras de Jiménez, está la primera edición completa de "Platero y yo". Los poemas nuevos, no insertos en la edición de "La Lectura", componen más de la mitad del volumen y en unión de los ya conocidos hacen de esta obra, una obra única, bellísima. Porque esta elegía maravillosa no es solamente la exaltación del amado burrillo al cielo de Moguer, para dejarlo en él como una estrella perdurable aun en la plenitud del mediodía; es además, la exaltación del pueblo y de los paisajes moguerenses. Todo, envuelto en una inefable claridad de excelsitud; todo, escrito en una prosa clara y musical de la que sólo Jiménez posee el secreto.

Después de leer "Platero y yo", cuando ya le llevamos dentro del corazón, sentimos a veces que nuestra alma escapa de nosotros para seguir la veredilla



que va, entre céspedes, a la Fuente Vieja, o que en lo alto de la Colina de los pinos está extasiada viendo el río a la hora del crepúsculo. Bajo el pino de la Corona: ¿quién no ha soñado estar? ¡Yo de mí sé que si antes de morir no estoy ninguna tarde bajo su sombra viendo a través de su enorme copa, el infinito cielo de azul constante de Moguer, cuando me muera.—oh, qué alegría Juan Ramón!— iré de un vuelo a posarme en su rama más alta. En aquel momento el paisaje que contemplan mis ojos será mi mejor gloria...

He dejado de escribir para leer alguno de sus poemas de que hablo. Mientras mayo ha cubierto el azul de esta tarde con los pétalos caídos de sus rosas perfumadas; hay montones de hojas blancas, amarillas, rojas. De la tierra al cielo, desde el cielo a la tierra vuela una brisa fresca, inquieta abeja libadora. Y en vano busca por nubes y flores la esencia pura que su anhelo presente, porque toda la tengo yo en mis manos en este libro donde el poeta nos habla de Platero y de él.

(Nota de Francisco Javier Díez de Revenga)

